



Circuit Estable de **Cinema Català**

CRÍTiques DELS MITJANS DE COMUNICACIÓ DE LA PEL·LÍCULA "EL VENTRE DEL MAR"

ARA – Eulàlia Iglesias

Amb El rai de la Medusa, Théodore Géricault transporta l'espectador a un territori poc habitual a la pintura de l'època, el que desvela el costat sinistre de la idea imperant de civilització. A El ventre del mar, Agustí Villaronga parteix del mateix fet històric que va inspirar l'artista romàntic però a partir de l'aproximació literària que en va fer Alessandro Baricco a la novel·la Oceà. L'enfrontament en un judici entre dos supervivents de La Medusa, l'oficial mèdic Savigny (Roger Casamajor) i el mariner ras Thomas (Òscar Kapoya), conforma la columna vertebral d'un film sobre la lluita desesperada per la supervivència en què el director mallorquí desplega algunes de les seves principals inquietuds artístiques. La història de La Medusa li proporciona un d'aquells escenaris, com a Tras el cristal (1986) o Pa negre (2010), en què es desvela la dimensió monstruosa de l'ésser humà.

Des de les limitacions d'un rodatge en pandèmia, Villaronga demostra un cop més que és un dels artistes més benvingudament agosarats del país. No és el primer cop que experimenta amb formats a priori més modestos: només cal recordar la seva aproximació heterogènia a l'autor de Carrer Marsala a Miquel Bauçà: poeta invisible (2005). A El ventre del mar, a partir del drama judicial, el director construeix una pel·lícula de múltiples cares. Està travessada per una lectura postcolonial que apel·la al present, de fet la interpretació és tan clara que no calia fer-la explícita. Conté múltiples fugues evocadores que recullen l'expressió febril, turmentada, salvatge dels seus protagonistes, amb homenatge a l'erotisme oníric de Fellini inclòs. Celebra un dir de la llengua de clar deix dramàtic que l'allunya de l'empobriment que pateix en altres formats audiovisuals. I plasma des d'una poètica avantguardista aquella bellesa, aquell poder d'atracció amb embafador regust de mort de la mar.

LA OPINIÓ DE MALAGA– Víctor A. Gómez

"Hay un espectáculo más grande que el del mar, y es el del cielo; hay un espectáculo más grande que el del cielo: el alma". Lo dijo Víctor Hugo, y creo que Agustí Villaronga estaría de acuerdo. Aunque muchos le han considerado una especie de poeta de la crueldad, quizás porque el cine español ha sido alérgico históricamente a los contenidos perturbadores, lo que siempre ha hecho, y sigue haciendo tantos años después (sin duda, una de las trayectorias más singulares y empecinadas de nuestro cine), es asomarse a nuestros abismos íntimos y como especie, sin misericordia pero con una extraña humanidad, la que nos acompaña y comprende hasta en nuestros momentos más terribles. De alguna manera, en el cine de Villaronga no tienes nada que temer: hasta tus pensamientos más oscuros no son juzgados, menospreciados o prohibidos. Pues este empeño, valiente y solitario, le guía aquí a la que es, sin duda, una de sus mejores películas hasta la fecha, 'El ventre del mar'.

“Todos los caminos me llevan al infierno. Pero ¡si el infierno soy yo! ¡Si por profundo que sea su abismo, tengo dentro de mí otro más horrible!”. Palabras de John Milton, y también Agustí Villaronga estaría de acuerdo. Porque aunque juega inteligentemente con algunos paralelismos con la actualidad (ya saben, las pateras que han convertido al Mediterráneo en un gran cementerio que baila al son de olas), el realizador articula esta crónica del terrible naufragio de una nave y sus aún más horribles consecuencias desde dentro desde las mismas entrañas de sus personajes. De ahí que despoje la trama y a sus personajes de casi todo lo externo, colocándolos en escenarios casi abstractos, propicios para la alegoría y el simbolismo, con esos maravillosos parlamentos teatralizadísimos, antinaturalistas.

"La belleza es algo terrible, porque no ha sido abrazada ni podrá serlo nunca; y lo peor es que la belleza es tan misteriosa como terrible. Es una lucha entre Dios y el demonio, y el campo de batalla es el corazón del ser humano". Lo dijo Fedor Dostoievski, y, espejudo, Agustí Villaronga está de acuerdo. Porque mantiene intacta su capacidad para captar la hermosura que esconde, a veces, el horror, creando imágenes sublimes, alejadas del impacto, más derivadas de la mirada poética de la vida, la muerte y los infiernos que hay entre ambas.

Es una suerte que tengamos en activo, haciendo lo que le sigue dando la gana, a Agustí Villaronga, especialmente cuando de su tarea, que nos ha traído joyas genuinas, raras e incómodas como 'Tras el cristal' y 'El mar', continúan llegando películas para el espectador valiente.

FOTOGRAMAS – Beatriz Martínez

Hay muchas formas de contar la crisis migratoria en el Mediterráneo, pero seguramente nadie sea capaz de hacerlo de una manera tan inclasificable y radical como Agustí Villaronga en *El vientre del mar*. Su adaptación muy libre de un relato de Alessandro Baricco le permite relacionar pasado y presente para experimentar con el lenguaje cinematográfico, combinar texturas y diferentes niveles narrativos, configurando un relato tan deconstruido como repleto de vasos comunicantes que nos llevan por diferentes disciplinas artísticas que abarcan desde la representación teatral a la pintura, desde la crudeza del documental a la poesía.

En realidad, *El vientre del mar* se articula alrededor de algunas de las grandes obsesiones del autor, como la creación de monstruos en las sociedades contemporáneas como reencarnaciones del subconsciente colectivo, así como la forma en la que se perpetúa el odio y la violencia (hacia lo diferente) como una herencia maldita. Aunque quizás, lo más sorprendente sea comprobar cómo a partir de un presupuesto ínfimo, Villaronga ha conseguido crear una obra de arte.

MONDO SONORO – J. Picatoste Verdejo

¿Cuál es la verdadera naturaleza humana? ¿En que situaciones aflora? “*El vientre del mar*” (“*El ventre del mar*” en su versión original en catalán), de Agustí Villaronga, ganadora de seis premios en el último Festival de Málaga, viene a responder de manera contundente y pesimista, sin concesiones. Basada en la novela “*Océano mar*”, de Alessandro Baricco, inspirada a su vez por la tragedia que reflejaba el cuadro de Theodore Géricault, “*La balsa de la Medusa*”, la película del cineasta mallorquín contiene diversas capas bajo la apariencia de experimento teatral –de hecho, el guión se gestó durante el confinamiento después de que la pandemia frustrase el inminente estreno de una adaptación escénica de la novela por parte del director de “*Pa negre*”–, con diferentes texturas, tiempos y espacios, físicos o mentales.

“*El ventre del mar*” abriga en sus entrañas, entre otros, un relato trágico de aventuras navieras del siglo XIX, más narrado que visualizado, casi como cuando Eric Rohmer decidió contar a través de conversaciones la Revolución Francesa en “*La inglesa y el duque*”. Si allí el cineasta francés echaba mano de lienzos para representar la realidad exterior a esas pláticas de salón, aquí Villaronga parte de una vista judicial entre los dos únicos supervivientes de un naufragio y recrea en un edificio casi derruido (*Es Sindicat*, de Felanitx), con vestuario tan sencillo como extemporáneo, lo allí explicado. Este mecanismo de despojamiento de lo superfluo, que aquí apela a los recovecos mentales de los protagonistas, recuerda al que ponía en

funcionamiento Lars Von Trier en “Dogville” trazando las lindes de los edificios en el suelo.

Versión introspectiva y lóbrega de las rebeliones a bordo y las naves de condenados –parafraseando títulos clásicos del cine de Hollywood– en su calidad de destilación fatalista de los filmes de aventuras marítimas, en “El ventre del mar” Villaronga bucea entre la locura, los miedos y la violencia de sus personajes, prisioneros de sus desvaríos. Especial mención a los dos actores que sostienen el cara a cara, Roger Casamajor, rostro avieso de la enajenación realzado por la fotografía en blanco y negro de Josep Maria Civit y Blai Tomàs, frente a Óscar Kapoya, faz de la rabia contenida. Si bien se celebra el reconocimiento fuera de Catalunya de Casamajor, ganador de un Gaudí por su espléndido trabajo en “Pa negre”, se antoja injusta su mención única en el certamen andaluz como Mejor Actor, olvidándose el jurado de Kapoya en el bautismo cinematográfico de este intérprete de teatro y televisión.

El film, además, extiende su incidencia hacia nuestros días enarbolando una reflexión sobre taras atávicas que se repiten en la actualidad: discriminación racial, abusos de poder y, especialmente, naufragios de pateras. Osada, grave, desesperanzada, “El ventre del mar” irrumpe insólitamente en el panorama cinematográfico español con su mirada implacable sobre la insignificancia del ser humano, sea o no, ante la inmensidad del mar.